Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 6, Diciembre 1997

Teorías del fracaso o fracaso de las teorías

Raúl Augusto Hernández

pp. 80-95

Teorías del fracaso o fracaso de las teorías

Raúl Augusto Hernández

La escena política a fines de siglo

Las ideas que tuvieron una ubicación central en la escena política, desde el fin del siglo XIX, se construyeron proyectando ideas dominantes sobre la historia y la vida social. No eran ideas incubadas en la experiencia. El liberalismo que venía con la generación del '80 compendiaba discursos de reconocida coherencia. "El proyecto de la Generación del '80 no podía ignorar dos fuentes. La primera reconocida en el pensamiento de Juan Bautista Alberdi. Si de su obra hablamos, destacaremos su consistencia constructiva (Mayer 1980). La segunda fuente, aunque controvertible sea mi opinión, se encuentra en Domingo Faustino Sarmiento; ya menos consistente su pensamiento, sin el extremo rigor positivo de Alberdi; pero de acción y obra inclaudicablemente consistentes" (Hernández 1993 II, p. 60). Sin llegar siquiera al fin del siglo, Alberdi y Sarmiento parecerían olvidados: sus nombres no figuraban en las referencias de los congresales de la Convención Constituyente de Buenos Aires en 1870 (Pérez Guilhou 1997, p. 123). No obstante la omisión, no es posible ignorar que fueron ellos quienes ya habían marcado los puntos cardinales de las controversias. Eran tiempos de "discursos eruditos".

Este cuadro de ideas estaba impregnado de voluntarismo. Pero dichas ideas fueron constructoras de "una teoría sobre la vida del país y sobre el papel que la economía desempeñaba en ella... Alberdi, preocupado por el problema de la riqueza..., Sarmiento, atento a las formas de la vida social" (Romero 1983, p. 126). Los presidentes Mitre (1862-68), Sarmiento (1868-1874) y Avellaneda (1874-1880), con análoga tenacidad, habían logrado construir las bases del programa de Alberdi.

Este era de fórmula muy sencilla: "El programa alberdiano postula como fin el desarrollo económico y como medio la asimilación de la cultura europea; su faz negativa es el repudio a la tradición hispana y colonial y de los valores étnicos del ambiente criollo", decía Alejandro Korn (Korn 1936, p. 145), casi un siglo después, insinuando críticas que con el correr de los años ayudaron a dar sustancia a invectivas que parecían no saber de la realidad demográfica de la Argentina de entonces: un país deshabitado y sin obra de mano capacitada.

Se asignaba prioridad al mundo externo (i.e., la cultura europea y la tecnología).[1] Importados estos bienes, y puestos en vigor, emergería un orden social realizador de estos principios. Todo ello, se suponía, aniquilaba el mandato histórico heredado de la tradición hispano colonial (Hernández 1993 I, p. 152). Así se acogieron las corrientes migratorias de ultramar, ansiosas de trabajo y ahorro, y dispuestas a una laboriosa espera.

La imagen del conservadorismo liberal que nace de estas fuentes peca de idealismo en buena parte de la historiografía argentina (Gallo y Conde 1995,

Tucumán, Argentina, 1930. Ha enseñado en universidades argentinas y europeas. Dictó la cátedra San Martín, en la Universidad Hebrea de Jerusalén, en 1990 y 1991. Fue miembro del Instituto Truman para el Avance de la Paz, en la misma universidad, 1991-1994. Desde 1994 es director del Centro de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Nacional de Tucumán y, desde 1995, director de la Escuela de Posgrado para Estudios Avanzados en Sociología Aplicada de dicha universidad. Su trabajo actual como investigador se concentra en el desarrollo de métodos lógicos y algebraicos para la investigación, para la construcción teórica en sociología y para la compilación del pensamiento social.

p. 19). Nunca pudo ocultar un segundo rostro, el del conservadorismo oligárquico que medraba en los espacios del atraso que nunca alcanzó a cubrir el impulso pro modernidad de la Generación del '80. [2]

No se dio, así, una perfecta y amplia integración de las clases medias al modelo modernizante de los precursores de la Argentina próspera y creciente. Dos hechos descubren la crisis de integración de la sociedad nativa. El primero concierne a los problemas de integración expresiva de la sociedad, y fue la reacción que le ofreció el frente católico a la secularización de la cultura que emprendían las minorías liberales de fines de siglo, especialmente por sus medidas legislativas más irritantes; dígase sin dudar: las leyes de creación del Registro Civil y la de educación común y laica, que "poco después se vería que también podía contar con el apoyo popular, pasivo pero eficaz, que se sumó a las fuerzas conservadoras en un frente complejo" (Romero, 1983, p. 27), a más de contar con las clases medias, más cercas del tradicionalismo que proclives al vértigo del cambio. Pero con José Manuel Estrada y Pedro Goyena, hoy los más recordados, más otros tenaces defensores de las tradiciones religiosas, se robustecía un duro frente de oposición. El segundo hecho, concerniente a distintos aspectos que se relacionan a la integración práctica de la sociedad, fue el que tuvo por origen el resentimiento que generaba una desesperada lucha por la riqueza. Nace con ello un discurso político que marcaba distancia con la retórica de las minorías cultas que aún abrigaban la noción decimonónica de un indefinido progreso; un pequeño discurso de contenidos románticos, muy poco pragmáticos: un discurso que supo tomar vida en el verbo de Leandro N. Alem, quien junto a Aristóbulo del Valle fundó la Unión Cívica; protagonistas principales de la revolución del 26 de julio de 1890.[3] Las clases medias, llevadas de la mano por el radicalismo, no se mostrarían jamás inclinadas a la aventura tecnológica: "Las razones por las cuales muchas personas se adhirieron a la UCR[4] fueron variadas y muchas veces ajenas a su identificación de clase. En este caso se dieron también elementos variados: lealtades familiares, diferencias históricas, reacción frente al progresismo y materialismo de los otros" (Gallo y Conde 1995, p. 192).

Una oposición más fiel al mundo conservador surgía en el verbo revolucionario de Juan Bautista Justo, fundador del Partido Socialista en 1892. A pesar de las oposiciones, postulados comunes compartían el discurso conservador liberal original y el discurso socialista. Los socialistas asignaban a la cultura y técnica del mundo externo, el carácter de motor para la construcción del orden social. Sólo así, pensaban, sería posible construir una "sociedad libre e inteligente y guiada por la ciencia": "Todo contribuye a que se hayan formado aquí también las dos clases de cuyo antagonismo ha de resultar el progreso social" (Pan 1991, p. 138). El discurso socialista, como el discurso liberal original, era también un discurso erudito.

De este modo, el comienzo del siglo XX presentaba un triple panorama retórico: (I) El discurso liberal conservador, de la clase alta, de nítido sustrato positivista, contradictoriamente oscilando entre idealismo y pragmatismo, pero con marcado acento en las metas de la sociedad: en las discusiones de la Asamblea Constituyente de Buenos Aires en 1870 el "modelo constitucional ha adquirido el carácter de 'evangelio político' con 'valor de dogma'" (Pérez Guilhou 1997, p. 71). (II) El discurso radical, de las clases medias, de inspiración más romántica que práctica, transpirando resentimiento, más preocupado por expectativas de ascenso que por los medios técnicos de materialización. (III) El discurso socialista, dominante en las emergentes clases trabajadoras industriales, antagónico al discurso conservador y liberal, y desdeñoso de las "mañas" del radicalismo; osciló entre el idealismo y el pragmatismo; pero siempre fue celoso custodio de metas instrumentales de desarrollo de la sociedad.

Nuevas dimensiones del discurso político

La inspiración más romántica del discurso radical indicaba la emergencia de modelos que tomaban distancia parcial respecto del modelo construido a imagen del mundo europeo. Las mismas marcaban la apertura de una vía de mediación entre las metas cívicas (inspiradas en el Iluminismo, aunque más en la experiencia norteamericana) y ciertas disposiciones menos puritanas de las clases medias de origen criollo (a las que se habían sumado ya muchos originarios de la migración de ultramar, seducidos por los símbolos del viejo orden). El radicalismo se constituyó en el instrumento político de mediación de estas clases medias ansiosas también de acceder a los bienes del progreso de la Argentina próspera de entonces. Acceso sí, pero sin un compromiso de adjudicar prioridad a la acumulación de capital por parte de los dueños del poder. El discurso de esta mediación estaba inspirado en el "pequeño discurso" de un pueblo que trasuntaba una voluntad de ser *lo que no se sabía qué*, y de no ser *lo que nunca se había alcanzado a ser*. No estaba inspirado en una severa afirmación de la antinomia moralista *trabajo y ahorro, o pobreza*.

Las disputas entre los sectores conservadores y los socialistas, aunque no menos amenazantes para el

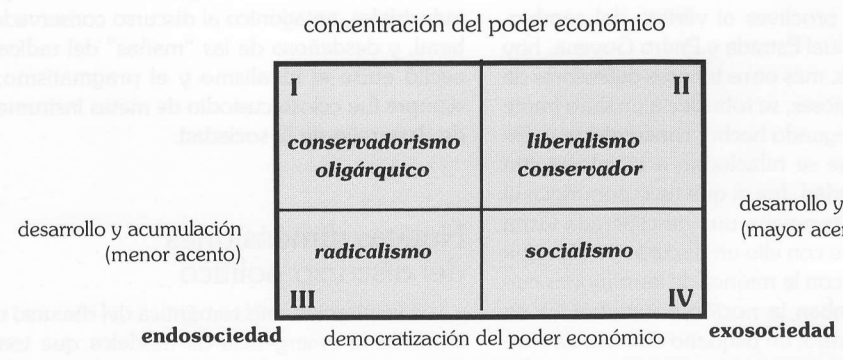
poder conservador en los principios del siglo,[5] tomaron inesperado vigor a fines de la Primera Guerra Mundial. Nadie podía ignorar el impacto de la Revolución Bolchevique de octubre de 1919. El pensamiento de Juan Bautista Justo, con más claridad que otras proclamas de la izquierda, no concebía términos de mediación. Era un pensamiento dual que se trasladaba a una realidad que se quería partir en dos. Por un lado se ubicaba a los poseedores de los bienes de producción, y por el otro, a distancia, al proletariado. Para un matemático: *¡Un perfecto segmento en el espacio!* Del enfrentamiento de ambos términos, en el pensamiento de Justo, surgirían las mejores condiciones para el desarrollo tecnológico y la acumulación de capital. Tras ese tiempo, llegarían otros que permitirían la realidad de la idea socialista. En esta dualidad, el personalismo de la política radical constituía un repugnante estorbo.

El discurso radical puso en duda la necesidad de acudir al cuadro de las grandes ideas dominantes en la cultura. Prefirió también escarbar en los pequeños sentimientos. Definió un nuevo modelo de construcción de las ideas. Siguiendo esta huella el radicalismo descubre la *endosociedad*, la que por lógica y honor no es reductible a la *exosociedad*. Y el mensaje de la endosociedad habrá de tener un fuerte sentido catéctico. Más adelante hablaremos de *endocatexis* (Hernández 1997 II, p. 25).

Empero, el discurso radical no fue un discurso antimodernista. Aceptaba los términos culturales y políticos del modernismo; sencillamente, definía otras condiciones de repudio a todas las formas concebibles de privilegios sociales. El radicalismo fue el movimiento popular que abrió la primera ventana a una nueva forma de observación del mundo moderno: el modernismo podía entrar, pero sólo a través de un diafragma que impedía su paso irrestricto. Encarnó el emocionalismo anticonservador: *sus invectivas anticonservadoras reforzaron más la figura del conservadorismo oligárquico que la del conservadorismo liberal*. Al proyecto socialista de concentrar energías en el enfrentamiento burguesía (concentración del poder económico) – proletariado (democratización del poder económico), se agrega una nueva dimensión, la que oponía una fuerte vocación por la acumulación y el desarrollo, por un lado, y una marcada simpatía por una política de menor acento en el desarrollo y la acumulación. Un deseado ámbito retórico, definido por dos discursos contrapuestos, transita como fatalidad histórica hacia un espacio de cuatro discursos.

Gráfico 1

Voces primarias del discurso político en el primer cuarto del siglo XX:
Concentración del poder económico y acento en el desarrollo y la acumulación



Destacables son las propiedades de esta figura. (I) Los espacios de los dos pares de diagonales son contrarios y presentan disyuntivas excluyentes; toda aproximación (o coalición) sería inestable. (II) Los cuatro pares de espacios definidos por los cuatro lados son subcontrarios y sumables; definen cuatro áreas de conceptos: (1) radicalismo + socialismo = anticonservadorismo; (2) conservadorismo oligárquico + conservadorismo liberal = conservadorismo; (3) tradicionalismo oligárquico + radicalismo = endosociedad; (4) conservadorismo liberal + socialismo = exosociedad (o sociedad secular). (III) La creación de nuevos discursos políticos se desarrolla en dos fases históricas: la primera, dolorosa, corresponde al nacionalismo católico, y la segunda, gozosa, corresponde al populismo peronista; el primero, desde la endosociedad, rechazó ambos términos de la exosociedad; el segundo también tomó posición en la endosociedad, pero a diferencia del primero supo complementar los antagonismos de la exosociedad:

1 **Discurso nacionalista**	(doloroso)	*Capitalismo y socialismo unidos por una concepción materialista de la vida;*
2 **Discurso peronista**	(gozoso)	*Capitalismo y socialismo como complementos de una Tercera Posición.*

La distancia que adopta el discurso nacionalista respecto de la exosociedad no sería más que vueltas de cerrojo en un tradicionalismo antisecular; o la condena a un encierro dentro de las murallas de una retórica autorreflexiva. Distinta fue la oferta del discurso peronista: apostaba a la buena fortuna de una hábil retórica de mediación con el mundo secular. Por las voces del peronismo –y no por el *socialismo ateo*– se ofrecería "justicia social". Y por voz del peronismo –y no por el *conservadorismo expoliador*– se abrigarían nuevas ideas de desarrollo.

El peronismo mediaba entre capitalismo y socialismo. Hablaba de *Tercera Posición*. No era éste discurso de *pureza secular*, aunque sí de *reinterpretación de las ideas de la exosociedad*. En la reinterpretación se anatematizaba el brío creador del conflicto social, como lo había supuesto Juan Bautista Justo. Se dirá que los términos del conflicto permitían una orientación más pragmática de la acción social.

Teorías prácticas y teorías eruditas

Dos fuentes retóricas primarias dan vida al discurso político. La primera es la misma que da nacimiento al discurso erudito (*i.e., los círculos de producción literaria e intelectual*). La segunda es la que alimenta el discurso ordinario (*i.e., la experiencia cotidiana, y las ondas de humor que sacuden a la sociedad*). El discurso político sería un compilador práctico de las producciones de estas dos fuentes. El problema por discutir es el de la dosis, o la mezcla, de ingredientes que componen el discurso resultante. Si el discurso ordinario destaca su cualidad *enunciativa*, y el discurso erudito, su cualidad *esquemática*, el propósito *persuasivo* del discurso político surgirá de una adecuada fórmula de composición de ambos.

La política práctica ha definido diferentes órdenes de prioridades intelectuales y morales. Los órdenes de prioridades estarán estrechamente relacionados con el ambiente (e historia) en el cual las distintas locuciones tienen lugar. En un ambiente (y tiempo) intelectual asume prioridad el "*discurso erudito*" sobre el discurso político y el discurso ordinario. Es el caso del "*discurso predicativo*". Para el populismo, el discurso erudito se subordina al discurso político, y éste, al discurso popular. Es el caso del "*discurso interpretativo*":

El discurso predicativo es aquel discurso político subordinado a sus *fuentes doctrinarias*. El discurso interpretativo es aquel discurso político subordinado al discurso ordinario o "*pequeño discurso*" (*i.e., prioridad de las creencias y mitos populares.*)

La acción humana está ordenada por objetivos y organizada por un cuadro de normas morales y prácticas. Tiene lugar dentro de un ambiente de objetos sociales y no sociales, y ocurre en una circunstancia determinada. De los objetivos de la acción se define un *bien* (**V**) por lograr. El producto de la acción es el *quantum del bien* (**V**) que se alcanzó y se acumuló.

La realización de una acción tiene origen en una intención. El *quantum* de logro de esa acción ya no depende solamente de la intención del actor (dicho al margen del sentido motivacional de la acción), sino de otro distinto bien que es la *habilidad*. Si la habilidad es un valor, ello muestra un mundo de cosas no gobernables por medio de puras intenciones.

La habilidad es función de la capacidad de lectura o de comprensión de los hechos, de un actor o de una sociedad. Un discurso político es siempre interpretación de hechos que tiene de base un particular modo de leer hechos y eventos. Así también, un discurso político es un compilador de las acciones humanas que asumen mayor significado para la sociedad. Un discurso político habla, entonces, de objetivos (**O**) y de formas de acción (**F**), y, probablemente, de productos de las acciones (**P**).

Si es sólo lo primero, el discurso será un sistema de la forma $\mathbf{<O,F,P^{(-)}>}$. Si es lo segundo, el discurso será un sistema de la forma $\mathbf{<O,F,P^{(+)}>}$.

Hipótesis de base de este trabajo es que el discurso interpretativo de base popular (*i.e., el discurso peronista primigenio*), asume necesariamente la forma $<\mathbf{O,F,P^{(-)}}>$, mientras que el discurso predicativo (*i.e., liberalismo conservador*) asume la forma $\mathbf{<O,F,P^{(+)}>}$. Una segunda hipótesis dice que la habilidad de un actor individual o colectivo será mayor cuanto más la estructura de la forma, cual sistema tecnológico, sea evaluada críticamente por la calidad o cantidad del producto.

	órdenes de prioridades	**discursos**
i	*discurso erudito* > *discurso político*	**predicativo**
ii	*pequeño discurso* > *discurso político*	**interpretativo**

El acceso del peronismo al poder por los años '40 marcó el paso a otra forma de enunciación de la acción política, desde la forma **<O,F,P$^{(+)}$>**, hasta la forma **<O,F,P$^{(-)}$>**. Por su intencional definición en la forma **<O,F,P$^{(-)}$>**, había limitado las posibilidades de lectura de su ambiente histórico (*i.e., las transformaciones políticas y tecnológicas del sistema internacional*). Hagamos breve historia de esta transición.

¿Conductas pragmáticas o figurativas?

La Argentina hasta los años '30 había conducido exitosamente sus negocios: "Desde 1860 hasta 1930, la tasa de crecimiento de la Argentina tiene pocos antecedentes en la historia de la economía..." (Díaz Alejandro 1983, p. 18). Era país de abundancia de recursos; pobre, empero, en imaginar nuevos negocios. Se aceptaba mansamente la idea de que los países debían especializar sus economías. Merced a una eficiente producción de bienes primarios, la Argentina definía un curso de acción y aseguraba su futuro. Los vínculos con la corona británica habían dejado buenos resultados, y sirvieron para consolidar una imagen que promisoriamente se abría al mundo. Los dueños de la tierra eran antes buenos administradores que arriesgados emprendedores; lo hecho hasta el Centenario ahorraba preocupaciones en la búsqueda de nuevos perfiles de la sociedad. Así, dentro de este clima, la inteligencia de las clases altas conservadoras encontraba su gloria en el saber clásico. Pequeño espacio quedaba para las inclinaciones tecnológicas y mecánicas; nada más que las necesarias. Se ahondó la distancia entre la ilustración y el mundo de la práctica: las clases altas encontraban en el derecho y en la medicina la base de excelencia del saber o de la cultura. El saber era más símbolo que instrumento (o instrumento del sistema tecnológico) (Heintz 1972, p. 35).

No muy distintas eran las motivaciones intelectuales de las nacientes clases medias. El ascenso de las clases medias a la educación superior y a las más apreciadas fuentes del poder no pareció evocar otros principios que no fueran el acceso a las asignaciones que, hasta principio de siglo, según se cuestionaba, y con enconado resentimiento, habían estado restringidas a las clases altas. La Reforma Universitaria de junio de 1918, en Córdoba, fue el ultraje a la sociedad de vocación aristocrática y ultramontana de la "*Corda Frates*". Alegaba más por los dolores de la desigualdad que por carencias tecnológicas: "los dolores que quedan son las libertades que faltan", decía su manifiesto liminar.

Tras la asonada estudiantil, las clases medias aventaban sus resentimientos. Las preocupaciones de los jóvenes eran sólo igualitaristas. Aquel que se graduaba en la universidad, dejando satisfecho el anhelo paterno que Florencio Sánchez parodiaba en *M'hijo el doctor,* título en mano y consultorio abierto, o desde la tribuna política, habría de preocuparse por su ascenso social, y nada más... El diploma universitario también serviría para definir nuevos principios de discriminación social. Peter Heintz habla de "autoritarismo educacional". Donde el sistema educativo progresa sin estar acompañado por una apertura de la pirámide de estratificación, el *status* educacional sólo servirá para reforzar condiciones de desigualdad (Heintz 1972, pp. 93 y 162).

La Argentina de la presidencia de Marcelo Torcuato de Alvear (1922-28) fue la Argentina de los años de oro. Muy nítido su perfil, aunque no muy congruente. Era un país de goce de la vida, sin las motivaciones que comúnmente se asocian con el desarrollo material de la sociedad. Por los años '20 se insinúa con claridad una carencia de compromiso de la inteligencia con los asuntos prácticos de la vida; lo había reclamado el filósofo español José Ortega y Gasset al decir "¡argentinos, a las cosas!". Se vivía en la imagen de un país prodigado por la dicha: *¡Dios era argentino!* Se pisaba una tierra pródiga, por la generosidad de la naturaleza, por la acumulación de capital producida por la economía exportadora, y por los recursos naturales aún inexplorados que se juzgaban inagotables (*i.e., bosques y feracidad de los suelos*).[6] Era la herencia conservadora, de la que no reconocieron méritos ni el radicalismo, ni el mismo nacionalismo anti-radical. Ni nacionalistas ni radicales mostraron, por entonces, signos de compatibilidad con las orientaciones modernizantes de las viejas clases altas. Sus ideas "comteanas" de progreso no se difundieron en las otras capas sociales. El proyecto original de nación quedaba sólo en manos de unos pocos.

La Argentina floreciente que llega al centenario, en 1916, cae bajo el dominio de la tendencia expresiva y figurativa del yrigoyenismo. Las clases medias entraban en escena.

Crisis del hacer

Hasta los años del Centenario, aquellos a quienes hoy recordamos como los "conservadores",[7] habían cumplido correctamente con un cuadro de preocupaciones históricas, asumidas desde el nacimiento de la Argentina como nación.

No obstante la claridad de sus logros y de lo hecho, cual visible testimonio, y de sus reglas de procedimiento, destacables por su racionalidad, los conservadores (liberales + oligárquicos) fueron acusados de no haber abierto las puertas a la industrialización, y acusados de no haber ofrecido un nuevo modelo de país. Sus mé-

ritos, como hacedores, nunca fueron reconocidos con un mínimo de generosidad: en su margen social muchos resentimientos se habían incubado. Menguadamente, se habló de la herencia por ellos dejada, pero sin acreditar ni méritos ni confianza.[8]

(*AXIOMA [X]: Nadie puede hacer lo que no sabe hacer.*) Los conservadores habían hecho lo que habían sabido hacer, y en la medida de lo que se podía hacer. ¿Sabían cómo hacer algo distinto? ¿Se podía hacer algo distinto? ¿Otros sabían hacer lo que los conservadores no sabían hacer? No, no, no.[9]

Lo que se hace, lo que es obra humana, quedará siempre comprendido en el espacio que define, en un extremo, la capacidad o habilidad de hacer, y, en el opuesto, las motivaciones fantasiosas de hacer, más allá de las capacidades de cada uno. Las fronteras extremas de este espacio son también lados extremos de un espacio retórico de controversias entre muy distintos significados de la acción social.

Lo que se hizo en la Argentina desde el fin del siglo XIX hasta el Centenario, fue lo que se supo que se podía hacer. Hasta entonces, hasta el Centenario, los conservadores habían sabido cumplir con sus deberes. Fueron: (i) *buenos administradores*; (ii) *inversores a largo plazo*. Las modalidades de operación práctica de este mundo permitían distinguir: (i) los objetivos perfectamente definidos en el mundo material; (ii) formas o medios técnicos de realizar las cosas que se asociaban a la noción de progreso del país; y (iii) una tendencia a evaluar sus acciones por las medidas de sus productos. Daban buen sentido al tiempo; pero con la premura de los acontecimientos de los años '30, el tiempo habría de faltarles.

Los que vendrían a sucederles no mostraron destacables habilidades en el orden y manejo del tiempo. No sabían hacer los que los otros sabían, o lo que en otras partes se sabía hacer; no eran portadores de acabadas experiencias. Venían con la idea de que en la acción está primero el verbo. Daban comienzo a una experiencia histórica en la que el verbo nacía de producciones retóricas, y no de la lógica histórica de la experiencia. Comenzaría el tiempo a partir del cual la noción de cambio asumiría un significado centralmente retórico.

Un tiempo depresivo

La crisis de los años 30 toma de sorpresa al país. Toma de sorpresa por la bulla del anti-yrigoyenismo; el radicalismo había venido a interrumpir el dulce sueño de los señores. El estado de cuentas de la Argentina de entonces no era deplorable, permitía arbitrar soluciones eficientes, aunque no necesariamente amables. Recursos, conocimiento y ambiente de la sociedad de entonces, se describen así: (I) Acumulación de capital y expectativas de recuperar mercados y de abrir nuevas fronteras de comercialización. (II) Carencias tecnológicas en general (o bajo nivel de información y destreza), al menos para el cambio de rumbo económico y el ensayo de atrevidos experimentos. (III) Falta de legitimidad del sistema político, por los repetidos fraudes electorales, por la ruptura institucional de setiembre de 1930. Este cuadro presentó dos ejemplares incongruencias. La primera fue la falta de correspondencia entre *acumulación* de capital y una notable lentitud en la adopción de *patrones tecnológicos*. La segunda, la alta acumulación de capital junto a la ilegitimidad del sistema político.

La *acumulación de capital y de bienes* daba cuenta del "*poder hacer*" de la sociedad, de sus grados de libertad. La relativa demora de la *aptitud tecnológica* era signo inequívoco de "*no saber hacer*" nada distinto de lo que se sabía hacer, o, sencillamente, algo nuevo. Hablar de *ilegitimidad del sistema político*, era no menos que señalar con un dedo la existencia de un "*espacio de poder vacante*". Fueron éstas las variables de la fantasía que habrían de tomar vuelo por los años '40. La Argentina de aquellos tiempos no mostraba ser un país vulgar. Era un país para hablar de cosas grandes; al decir de casi todos, parecía un país reservado para un gran destino. Dos hechos invitaban a echar al vuelo las fantasías y a volcarse a la aventura:

- *Acumulación de capital pero ilegitimidad del sistema político, eran incentivos para la toma del poder.*
- *Ilegitimidad del sistema de poder y demora de la aptitud tecnológica, disponían a la adhesión a modelos sociales antagónicos al modelo del mundo conservador.*

Desde los años '30, buena parte de la inteligencia argentina parecía convocada por la urgencia de descubrir una ontología nacional. Por ello, la fantasía tomaría forma en la disposición a trasladar ideas de aplicación, desde focos referenciales externos, hasta el desarrollo de los hechos. Tiempos eran en los que conmovía la escena política una voluntad de ser algo distinto a lo que se era. Habían llegado al país nuevos modelos. Se anunciaba el alba de un nuevo día: para las almas encantadas, el resplandor del creciente poder de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, trayendo la imagen de sus impresionantes desarrollos hidroenergéticos. Para las almas desencantadas, el ocaso, o el tiempo de la desolación. Las derechas ultramontanas, las que se habían alineado en la Liga Patriótica, en la Semana Trágica de 1919, y los que se regocijaban por sus desafíos a la tolerancia republicana, habían leído con fruición a Maurice Barrès, Charles Maurras, Léon Daudet y Charles Benoist. Las

brutalidades del nazismo encontraron muy calurosa acogida en estos depresivos márgenes de la sociedad. El problema era salvar la religión y la cultura. "¡Haga patria, mate un ruso!" rezaba el carbón en los murallones de la ciudad. El modelo de desarrollo de la Italia fascista y el modelo alemán orientado a una industria bélica ofensiva eran también ejemplos que servían a la búsqueda ansiosa de sustitución del modelo conservador.

Salvando notables distancias, el pesimismo parece nacer del ensayo de Ezequiel Martínez Estrada en *Radiografía de la Pampa*. Se inspiraba en Oswald Spengler. Su vocación lo mandaba a buscar un mandato de la tierra, a hurgar entre papeles la herencia no encontrada, lo que la historia había dado al argentino.

Sin esperar el encuentro de testimonios ciertos de extraviada nacionalidad, la pura ansiedad buscó aplacar su sed metafísica; se apegó a nuevos estereotipos que había adoptado como ciertos. Con ellos, se pretendía dar fundamentos a la definición de una nueva ontología nacional. Así se hacía trizas el espíritu de osadía, *¡tan positivista y tan propio del espíritu decimonónico!* Se abandonó la herencia legada por sólo una generación anterior. Se vivía el clima de redefinición metafísica para un hombre más inclinado a los sentimientos que a reflexiones (o a abstracciones). Otra vida..., se pedía para un hombre que sólo siente, para un hombre desesperado que "está solo y espera", como describía Raúl Scalabrini Ortiz a su hombre de "Corrientes y Esmeralda". Resentimiento de las clases medias, resentimiento ante lo externo, ante el mundo que el liberalismo quiso hacer suyo, y resentimiento anticonservador. Una sentida carencia de modelos indicaba el punto en el tiempo a partir del cual terminaba la *Argentina aluvial* y asomaba a la escena la *sociedad de las masas en acción*.

En la naciente sociedad de masas, los enunciados del pequeño discurso popular pierden el don de las intuiciones prácticas. La sencilla máxima puritana del inmigrante, *trabajo, ahorro y espera*, de un día para el otro se subordinó al significado del concepto de *reivindicación*, que ponía a las masas en escena, y sin paciencia para esperar. El peronismo fue la fuerza que con más vigor luchó por el imperio de algo que no fuera ni capitalismo ni comunismo. "¡Ni yanquis ni marxistas, peronistas!" se decía en tiempos de vida del General. Le cupo la responsabilidad de modificar el rumbo ni enteramente monótono ni enteramente lineal que habría seguido las trazas del desarrollo del capitalismo en la Argentina; pero que a ello iba. Tras el cambio de rumbo, las multitudes aportaron un sentimiento simple que dio la materia prima de una nueva escatología: el retrato de un personaje singularizado por la debilidad del ego, cornudo y llorón; un pequeño personaje: se quería traer a Martín Fierro al pleno siglo XX.

Nuevos modos de pensamiento

Desde los años '20, el nacionalismo argentino vivía la inquietud de quien siente que la casa se desploma: *¡la revolución bolchevique llegaría hasta las estancias de los abuelos!* Tomando parte en la controversia entre capitalismo y socialismo, el nacionalismo procuró presencia en la escena política. Quería tomar un puesto que le diera visibilidad. Jugó con palabras, para el logro de ambicioso plan. Remarcó proximidades entre los extremos en pugna. Capitalismo y socialismo, llevados a la caricatura ambos, tendrían por cualidades inocultables vocaciones internacionalistas y no nacionalistas; tendrían en común ser materialistas, anticristianos y destructores de la moral y la familia. Ambos, sin ocultar, en manos de judíos, de grenchas y luengas barbas. No importaba hablar de lo distinto. Sin modificaciones retóricas, no hay cambios políticos; fue ley no enunciada por los años '40.

Antinomias que no se resuelven, fuerzas que perduran sin que una aniquile a la otra, tal como Proudhon había afirmado, en oposición a la dialéctica de Marx, y Bohr observa en el campo de la física; fueron inquietudes que se trasladaron al campo de la política y la cultura. Se abrió puerta ancha a inesperados mundos retóricos. Paso franco a una nueva epistemología política. Y, no pocas veces, paso franco a la retórica del disparate.

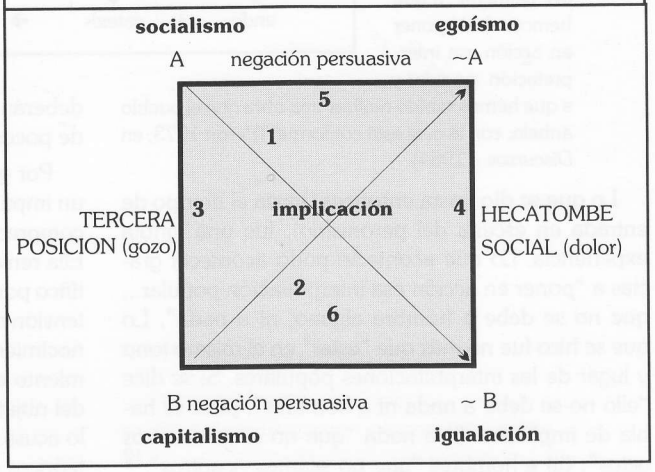
Esta epistemología otorgará salvoconducto para transitar libremente por la franja que separa dos distintas y no casualmente opuestas modalidades de definición (Hernández 1995, p. 75). *(I)* ***Definición por oposición***, *la que distingue familias de objetos por diferencias en el signo de sus atributos más relevantes (i.e., lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso, lo blanco y lo negro, lo duro y lo blando). En las definiciones por oposición, las diferencias se proyectan en la forma de definiciones polares.* Hablamos de una forma constructiva de definición. *(II)* ***Definición por proximidad***, *la que viola o intenta violar el recto sentido de las diferencias que hacen que dos objetos pertenezcan a dos familias diferentes. En la aproximación, se convierten en complementarias a una tesis y a su antítesis, y se crea un tercer concepto; pero sin que históricamente pierdan razón las dos definiciones primitivas.*[11] Hablamos de una forma destructiva de definición.

En la definición que aproxima capitalismo y socialismo (ver Gráfico 2), se destaca la visión de un mundo que separa lo bueno de lo malo. Pero separar se traduce en unificar. Esta visión unifica el significado de todo aquello que no es "lo propio", no discrimina cualidades y sutilezas en lo que es ajeno o extraño; así se marca una línea que separa y aísla al "nosotros" (= ego + álter), de lo ajeno, de lo exterior (=

los otros). Muestra una incapacidad para distinguir actores o cosas, los gestos de las personas o las sutilezas de los objetos. Incapacidad para diferenciar a una persona de otra, a un objeto de otro. Sólo habrán de existir amigos o enemigos, o cosas propias o ajenas. Se definirán dos opuestas instancias: interioridad (endosociedad) y exterioridad (exosociedad). La interioridad se dividirá entre los que están por la exterioridad o en contra de ella.

La tendencia reductiva del nacionalismo marca sólo un breve tiempo de la historia; nunca alcanza entidad política; logra, empero, influencia intelectual. El peronismo –su epistemología– deja atrás el reductivismo dualista del nacionalismo. Indiferente, deja filtrar aguas turbias en el torrente de cristalinas retóricas. Sin lo cristalino, será casi imposible distinguir lo puro de lo impuro, o lo verdadero de lo falso. "¡Todo es igual!" se dirá en el tango "Cambalache". Los conceptos dejarán de ser exclusivos y se tornarán inclusivos. Se abre el tiempo de los conceptos complementarios. Es el tiempo de unir lo que antaño era imposible vincular. Los viejos enemigos se sentarán por primera vez a la misma mesa. El concepto de Tercera Posición será producto ejemplar de esta nueva epistemología.

Gráfico 2. Diagrama de modalidades controversiales entre SOCIALISMO y CAPITALISMO



La complementación de los conceptos enseñó a juzgar hechos y personas con otra visión de las cosas. Los viejos enemigos se hacen por fin amigos. Tras la conciliación, las voces dialécticas enmudecen en plena escena, calladamente desaparecen; la izquierda nacional las excluye del habla; la palabra "clasismo" no tendrá entrada en los nuevos diccionarios de la política oficial. Se logra así una visión más amable del socialismo y del capitalismo. La política clasista se suprime por contraria al orden de la sociedad; se hablará, en cambio, de políticas "policlasistas", de colaboración entre obreros y patronos. *El socialismo será bueno, si no es ateo. El capitalismo será igualmente bueno, si es nacional.*

La utilidad política de una visión amable de las cosas no es necesariamente traducible en utilidad tecnológica. Lo que sirvió para unir a dispersos y celosos seguidores no será técnica para producir más. Los *enunciados tecnológicos* son casos singulares de enunciados causales, ya que tienen de base una teoría (social o material). Son enunciados que involucran el problema de la *utilidad de las acciones y del quantum de utilidad*, y no estrictamente el de verdad o falsedad. Un criterio de utilidad habla de un producto esperable en cada acción singular. Entramos, por tanto, a problemas de orden formal: no todas las formas de acción suponen que un producto se alcanza con mínimas inversiones motivacionales o energéticas. En los enunciados tecnológicos se habla de procesos de información o procesos de materias; información y materia, pues, son la sustancia, o el tema, de la acción. De allí que la optimización del proceso de información toque álgidamente el problema de la organización social, pero como proceso tecnológico, tanto como cuando se habla de los procesos estrictamente materiales; los que tampoco pierden la cualidad de ser procesos informados. Será un enunciado tecnológico el que diga que si se aplica **T, a modo de formato de acción,** sobre un objeto social o no social, para producir el *bien* **V**, se obtiene una cierta *cuota del bien* **V**, o que esta cierta cuota esperable de producción, cuando hablamos de una cota máxima, será obtenida **si y sólo si** se aplica **T**. Las reglas de procedimiento tecnológico son mezquinas en asignaciones de puntajes de utilidad; sus prescripciones son excluyentes y no incluyentes. La complementariedad tiende a lo inespecífico y a lo incluyente.

Las reglas metodológicas del conocimiento

En las reglas metodológicas del peronismo domina el sentido de un encuentro histórico entre masa y líder. Este encuentro fue el prodigio que alivió sufridas angustias y que dejó a su paso nada más que los escombros de antiguas fidelidades.

[1][las masas populares argentinas se han volcado al peronismo] y [2][lo han votado en proporción inigualada en toda la historia política de la nación]. [3][No se debe a hombres; no se debe a nada]. [4][Simple-

mente se debe a que lo hemos interpretado fielmente, a que hemos sabido poner en acción esa interpretación popular y a que hemos sabido realizar una obra que el pueblo anhela, con la cual está conforme] (Perón 1973, en *Discursos...* 1984).

(interioridad, sentimientos) → interpretación

endo + catexis → *gnosis* = ***gnosis endocatéctica***

Lo que se dio hasta entonces (hasta el tiempo de entrada en escena del peronismo), fue una ignota experiencia. Lo que aconteció pudo acontecer gracias a "poner en acción esa interpretación popular... que no se debe a hombre alguno, ni a nada". Lo que se hizo fue no más que "estar" en el mismo tono y lugar de las interpretaciones populares. Si se dice "ello no se debe a nada ni a hombres", pues se habla de implícitos: (i) a nada *"que no sean nuestros actos"*; (ii) a hombres *"que no seamos nosotros"*.[12] En la sentencia [4] se señala cuál fue el instrumento político que permitió llegar al hecho; se trata de una frase subordinada que indica que el sujeto *(nosotros)* siente "como" o piensa "como" o actúa "como" el pueblo: *"un nosotros (siente + actúa) como el pueblo"*. Son acciones dirigidas hacia una interioridad; la exterioridad señalaría a otros "a los que se ubican fuera de un nosotros". Estar en la interioridad, es estar con el sentimiento, y haber comprendido la naturaleza de las cosas: "lo hemos interpretado fielmente ... hemos sabido poner en acción esa interpretación popular ... hemos sabido realizar una obra que el pueblo anhela", decía Perón. Se interpretará como abrir un camino hacia el conocimiento de una *"ley natural"* que rige los grandes acontecimientos.

Ver los hechos desde dentro de sí mismos (como necesidad u orientación cognoscitiva: "nosotros estamos en el pensamiento del pueblo", y "nosotros estamos en la acción del pueblo"), traduce el significado de la *interioridad y del sentimiento* como forma efectiva de *conocimiento*. Si *interioridad* se expresa por la partícula *endo; sentimiento,* por el vocablo *catexis*, e *interpretación*, por la partícula *gnosis*, se tendrá el concepto *gnosis endocatética*.

Se hablará de **gnosis endocatética** para hacer referencia a una forma de conocimiento que no distingue al observador del objeto que se observa. Es un conocimiento participante y catéctico de la naturaleza de las cosas y de los procesos sociales. Este objeto, en la concepción del peronismo, sólo tiene existencia, histórica y circunstancial, en el encuentro de pueblo y conductor; no en todos los tiempos. El dilema moral de "*ego*" es saber tomar conciencia de esa circunstancia. Fue gran mérito, así como grave dilema, haber sabido ser "*peronista de la primera hora*". Tres términos tuvo este dilema: *ego*, *alter* y *conductor*. Estos tres deberán combatir al demonio (a los otros). Un drama de pocos actores.

Por gnosis endocatética, en suma, entenderemos un impulso existencial de ser y sentir, como modo de comprender los hechos, pero siendo parte de ellos. Ella reniega de la centralidad del conocimiento científico por su pretensión de universalidad y por su pretensión de objetividad; por la separación que ese conocimiento hace entre *actor* y *observador*. El conocimiento científico se traduciría como un no ser parte del objeto y estar fuera de él; es la falta de la cual se lo acusa. No son mis palabras: lo destaca uno de los teóricos de la doctrina: "Sólo desde el peronismo es posible explicar el peronismo" (Feinmann 1984).[13]

Ver los hechos desde dentro de sí mismos, como necesidad cognoscitiva: "nosotros estamos en el pensamiento del pueblo" y "nosotros estamos en la acción del pueblo", por ejemplo, traduce el significado de la "interioridad" y del "sentimiento" como forma efectiva de "conocimiento" no positivo. La gnosis endocatéctica es una disposición cognoscitiva, o una modalidad de conocimiento de la naturaleza de las cosas, por la que el ego se sumerge en una interioridad para hacer suyo su secreto sentimiento (interioridad + sentimiento).

Encuentro y nuevo tiempo social

Encuentro masa-conductor y nuevo tiempo social pasaron a ser los componentes de una fórmula enunciativa del peronismo. Encuentro es estar en un **tiempo** histórico y tiene lugar entre pueblo y conductor (los **actores**). Pero un inusual **modo** constituye el factor ligante de este encuentro: la unión catéctica de todos los actores del encuentro.

El encuentro en un tiempo de actores singulares (no otros cualesquiera), unidos por un modo también singular (gnosis endocatéctica), abre un nuevo tiempo en la historia. El nuevo tiempo se traduce en el imperio de **nuevas formas de relaciones sociales**. En lo moral, el significado de la unión catéctica subordina al significado de las nuevas relaciones sociales; pero en lo práctico, las nuevas relaciones serán no menos que el **instrumento** de la catexis.

La construcción de las formas sociales, por tanto, se haría subordinando el producto a la forma afectiva de la organización de producción. No cabría, en ningún caso, asignar prioridad al producto ma-

terial (**P**) de la acción; el producto en calidad y cantidad podría subordinarse al sentido, moral y no práctico, de la forma de la acción.

El par *<objeto, forma>* describe la *intencionalidad* de la acción. No describe ni prescribe la utilidad de la forma para el logro o alcance de un objeto material de la acción, tal como sería de esperar en una organización social que asignara prioridad al monto o calidad del producto. El acento en el producto no existe.

Dentro de este esquema, peronismo y conservadorismo mostrarán una muy significativa discrepancia metodológica. Distinto era el esquema del mundo conservador. Era un mundo que valoraba las formas por su productos. Señalamos que, aunque los conservadores no eran arriesgados empresarios, eran, sí, buenos administradores. Había, al menos, variaciones tecnológicas de las formas sociales que pretendían maximizar el producto. A las personas se las usaba y se las exprimía.

En el modelo conservador se destacará el sentido *pragmático* de la acción social; sus opositores los acusaban de expoliadores. En el modelo peronista, por el contrario, se destacará su sentido *figurativo*, su vocación guardiana de la *"justicia social"* y su esperable torpeza en la lectura del tiempo histórico. En el primero, prevalece el sentido de la crítica, porque en él la forma social es un medio; en el segundo, éste está ausente, porque para él la forma social es un fin. De allí el sentido material del primero, y el sentido retórico del segundo. Lo material se recopila en una función de tiempo, es historia; lo retórico es sólo circunstancia.

El primero de estos enunciados sería *deconstructivo*, al hacer de la retórica el centro de las cosas. El segundo, contrariamente, sería *constructivo*, al fundarse en la razón material de los hechos. Para el primero, el cambio es arrasador como una tempestad; para el segundo, el cambio es la obra que se apila como los ladrillos.

Retórica y circunstancia

La exégesis de distintas formas de regímenes populistas quedó, entonces, materializada en el significado del par **<objeto, forma>**. La exégesis de la Revolución Cultural China destacó el significado endocatéctico del proceso; esta revolución ignoró toda mención sobre los modos de producción de sus bienes. La exégesis de los grandes cambios imaginó una teoría social que coloca su centro de gravedad **en el lenguaje**; imaginó posible una numerosa (no infinita) generación de discursos sobre las cosas. Supuso que la voluntad revolucionaria, o la *traslación de la mente a las cosas*, abriría camino seguro para la definición de modelos de acción (tecnológicos) capaces de maximizar los beneficios globales de la sociedad. Supuso que desde el mundo 3 sería posible construir los mundos 1 y 2 (Popper 1994, p. 10). Sintetizamos este modelo como un sistema $\mathbf{<O,F,\ P^{(-)}>}$.

El modelo $\mathbf{<O,F,\ P^{(-)}>}$, por natural vocación retórica, subordina la noción de producto $\mathbf{(P^{(-)})}$ a sus dos primeros componentes. Sería, entonces, un modelo productor que se aproxima a un nivel de eficiencia promedio (pero de desvío típico nulo), productor de caos. Tal es el sentido de la caída productiva de los regímenes revolucionarios. El caos sería una natural emergencia retórica. Pero el caos, por negligente promesa o por voluntariosa e ingenua traslación figurativa (Hayles 1993, p. 134), será "como aquello que hace posible el orden", así como se espera que un ángel descienda de los cielos. Esta afirmación parte de un iluso supuesto que contrapone la noción de caos a la noción de acumulación. Se ignora, por otra parte, que la acumulación no es más que un subproducto de la crítica. La producción, entonces, ocurriría al término de un proceso caótico y no acumulativo. ¡Magna ilusión de ruptura apocalíptica con el mundo dominado por el logos! ***Crítica**: la experiencia corporativa argentina dejó ver: (i) la tendencia de los sistemas productivos a convergir en un nivel de eficiencia promedio, sin desvíos espectaculares y (ii) las dificultades mentales que existen para modificar prioridades entre objetivos y formas con el producto.*[14]

Largos fueron los tiempos del proceso. Tres etapas se marcaron. La primera, gozosa, *tiempos de fiesta* cuando el poder se tomaba en 1946 (Luna 1986, tomo I). La segunda, dolorosa, después de haber tirado la casa por la ventana, cuando comienza a faltar el dinero para pagar las cuentas (Hernández 1982, p. 337 y 1997 I, p. 83). La tercera, el agotamiento, cuando la ilusión se transmuta en realidad; tiempos de comienzos de caminos erráticos, de indecisión social, y de nostálgicas vocaciones de retorno.

La demora de este proceso es mayor cuanto menor es la capacidad crítica, y por tanto, menor la acumulación. Son éstos los límites de una teoría social que sale en busca del encuentro del *élan vital*, del instante en que se produce una conciencia común que penetra en la naturaleza de las cosas para realizar el mundo. La conciencia es mágica y voluntariosa, se *introyecta* en la naturaleza de las cosas.

Es teoría social *sin tiempo y sin historia*. Será solamente sociología biográfica de grandes momentos. La sociología del peronismo gastó sus fuerzas en la explicación del 17 de Octubre. De los tiempos que siguieron no hizo nada más que una aburrida crónica: justificó el ultraje a las libertades y buscó enemigos para exculpar sus miserias. El relato de la "prepara-

ción revolucionaria del retorno de Perón en 1973" juntó algunos testimonios que seguramente encontraban público dispuesto a dejarse conmover. Lo que vino después de logrado el hecho fue enteramente despreciable.

La definición del significado de un "momento" es preocupación dominante de la sociología biográfica. Los momentos serían virtuosos escapes del texto de la historia que hasta el momento se escribía. Lo aleatorio del momento hace inexplicable la fuerza impulsora de ese escape que arrastró a las masas un 17 de octubre de 1945. Así, hasta hoy, en los círculos académicos se espera la llegada del genio que diga: *"Este objeto 'x' es el peronismo"*. Volvamos a la ortodoxia partidaria: *la gnosis endocatéctica, entonces, se vive y no se explica*. Ejemplos de ello:

(I) Preocupación de Laclau (1978, p. 221), por ejemplo, fue la de asignar al populismo, en el ocaso ideológico del viejo liberalismo, una vigorosa aptitud para compilar en el mismo tomo de un discurso (i) autoritarismo democrático como producto de la transmutación del nacionalismo autoritario y (ii) populismo obrero como producto de una cada vez más marchita correlación del reduccionismo clasista con la ideología obrera. Es el cuadro de un momento, enérgico pero efímero como la crestas de las olas.

(II) De Ipola, en igual orden de preocupaciones, niega que el "peronismo haya sido y sea un fenómeno exclusivamente ideológico" (1989, p. 352). Aunque en el mismo párrafo agrega "pero es cierto que, en sus orígenes y en su posterior consolidación, los aspectos significantes y, más específicamente, los ideológicos estuvieron siempre presentes".

Ubiquémonos en el promedio de los años '40. Pensemos por un instante como un buen ingeniero de negocios. Según el axioma (X) los argentinos no podrían hacer lo que no sabían hacer. **¿Sabían cómo hacer algo distinto? No. ¿Querían hacer algo distinto? Sí, tenían recursos. ¿Intentaron hacer algo distinto? Sí, tenían el poder en las manos.**

Memorias y caos

Extremo opuesto es el que se encuentra en la disposición a construir una teoría social con su *centro de gravedad en la lógica de los hechos, en la lógica de la situación*. Sintetizamos este modelo como un sistema $\mathbf{<O,F,\ P^{(+)}>}$. Desde ya, él se identifica como nominalista e instrumental.

Una teoría social que se define en la prioridad del producto, es sociología que desata el genio diabólico de la inteligencia *(Génesis 2:17. "Pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas...")*. Es sencillamente prevaricante, va contra el orden de la sociedad. Se abre a las fronteras de desconocidos terrenos. Por sobre todo, rompe el hastío de objetos y formas sociales. Es el principio de enunciación de una sociedad abierta.

Experiencia que no puede quedar sin balance es la de la adoración ritual de objetos y formas sociales que caracterizó a la organización corporativa de la sociedad. La empresa del estado se denominó *"Conquista nacional"*. *"Conquista social"* se denominó a las asignaciones de funciones en las organizaciones productivas. Subordinar la forma al producto sería entonces conculcar conquistas sociales. La forma social, entendida como "conquista social", renunciaba al mérito de la evaluación de utilidad para el sistema productivo. Importaba el beneficio social y no el lucro (un disvalor). Tal era el espíritu antitecnológico del corporativismo. El ritualismo de la forma social, por tanto, será disposición contraria a la apertura de nuevos caminos de sorpresas.

Los sistemas de producción corporativa fracasaron así, por negación del concepto de instrumentalidad (**P > F**: el logro del producto, en calidad o cantidad, ordena la producción de formas). Se cancela toda aquella inquietud dispuesta a generar situaciones no estructuradas. Los sistemas corporativos no supieron administrar el desorden. Escaparon al texto de la realidad, pero no pudieron escapar al texto y al contexto de la retórica.

A fines del siglo ya, aun para quienes provenimos del viejo tronco socialista, es necesario reconocer que el sistema capitalista es el único sistema social que alcanzó los umbrales del éxito. Tal vez el único que alcanza a diseñar un sistema que, resguardado por sus memorias, supo jugar al desorden.

Virtud del capitalismo fue haber sabido dar contenido a las libertades burguesas, tan anatematizadas por las izquierdas de la III y IV Internacional o por el fascismo y el nazismo y sus epígonos redentoristas del mundo árabe, o por los populistas de la América Latina. Supo demostrar, además, el carácter creativo de la más mundana cotidianeidad. El creador de la riqueza o el buscador del éxito, tan lejos de la sensibilidad de Paul Valéry –"las cosas del mundo sólo me interesan en relación con el intelecto"–, no precisó redimirse en el humanismo poético. Con soberbia, buscó autoestima en el propio amor por las cosas sencillas del mundo; todo le pareció asible en los resquicios abiertos en la actividad material de las sociedades prósperas. Las relaciones complejas del mundo moderno generaron nuevos espacios de actividad, los cuales, sin ser más que ofertas de cosas por hacer, dieron más riqueza a la existencia. Tardíamente vino a admitirse este hecho. La soberbia poética no tomó en cuenta el significado de las aspiraciones sencillas. Hoy asume importancia el conocer los gustos o ca-

prichos en los pequeños ámbitos de las personas. La huella del hedonismo en la historia de los tiempos modernos prefirió seguir opuestos rumbos a los de prometidas revoluciones.

Un hecho distinguió al capitalismo y fue el **mercado** como práctica y como expresión de un valor tanto utilitario como moral. Las fuerzas de innovación moral y tecnológica nacían principalmente de los desequilibrios que desataban las competencias del mercado, a veces feroces, pero ordinariamente fuera de ámbitos institucionales corporativos. La innovación en estos términos no sería el producto de organismos dominantes de planificación. Por medio del análisis de mercado, del *marketing*, el sistema capitalista, como ningún otro, buscó anticipar la oferta de productos nada más que escarbando el ingenuo material de los *surveys*. Asumió importancia conocer las más incipientes manifestaciones de disconformidad o las nuevas orientaciones culturales. Al decir de los *interaccionistas simbólicos* (Turner 1985), se trataría de una incansable búsqueda de procesos "reinterpretativos" encaminados a nuevas modalidades expresivas y de preferencias de consumo. Debido al uso permanente de estos "sensores", en los países capitalistas el sistema económico asume prioridad sobre el sistema político. En la experiencia corporativa argentina se supo de una muy opuesta orientación. En la provisión de servicios de las empresas públicas, las exigencias propiamente corporativas subordinaron las expectativas de los usuarios de tales servicios. El sistema corporativo, sostenido por la burocracia sindical o por el poder militar, fue pertinazmente torpe en la detección de nuevas orientaciones culturales. Ni las "asambleas de bases" ni los "servicios de inteligencia" pudieron igualar en eficiencia detectora a la investigación de mercado. La prioridad asignada al producto (**P**) sobre los objetivos (**O**), *nominalismo*, y sobre las formas (**F**), *instrumentalidad*, permiten concebir la idea de la sociedad "extroyectiva". El cambio de los hábitos nacerá del estímulo de un sistema de memorias y de modificación de normas y de asignaciones sociales.

Síntesis

Los ardores del populismo

Los años que prosiguieron a la última contienda mundial modificaron los términos de las relaciones del sistema internacional. La guerra dejaba tras sí un impresionante desarrollo tecnológico. Tanta importancia tuvo este proceso, que la ecuación del desarrollo se definiría a partir de entonces mediante la suma de capital y tecnología. Cualquier demora en la creación de nuevos códigos de consumo y en la consecuente innovación de la producción, se traduciría, en breve plazo, en una pérdida sensible de mercados. Pero el significado de **capital + tecnología** (como compendio de una nueva concepción del origen del poder y el ordenamiento de los países) no fue incorporado a la proclama política de aquellos que pugnaban por su liberación del coloniaje y la dependencia. Los caminos se bifurcaron.

Urgió, en cambio, una necesidad ontológica de demarcar una línea entre centro y periferia: la instancia primera subordinando a la segunda. La urgencia por llevar y vivir la historia en "su tiempo", fue signo de la necesidad de no quedar aplastados por el curso de indomables acontecimientos: *la dependencia se tradujo como adulteración de esencias nacionales, y tras ella se produjo una progresiva degradación de las viejas tradiciones*. Tal subordinación no tiene sólo un signo de naturaleza política y económica, más allá de ello, ataca a la competencia de las partes en un orden mayor: la suerte de la periferia se reduce absolutamente a un modesto espacio de participación. La innovación tecnológica no será, entonces, genuina actividad a la que se asigne prioridad. No son los países periféricos naturales generadores de procesos sociales autónomos; tan sólo les toca vivir el rebote del tiempo. El Tercer Mundo vio sus caminos cercenados. Cabe nada más que el destino de su liberación; ello fue pensamiento general. Lo único propio y genuino sería la realización de esta empresa.

La revolución parecía posible. Nuevas historias se abrirían camino entre las contradicciones que se generan en las entrañas mismas del poder de las potencias hegemónicas. No cabría otra misión que la de poner ojos y atención a todos los problemas prácticos que provenían del exterior.

Juzgar la suerte propia de una sociedad cual producto ajeno a la conciencia de los actores que la componen, se traduce en ignorancia de los propios errores, o en transferencia de las responsabilidades a una instancia externa. El ordenamiento lógico del problema que adjudica prioridad causal a lo externo sobre lo interno se traduce en el pensamiento de que el producto de una sociedad, su calidad y su cantidad, son también producto de condiciones externas. Y este pensamiento se echó al viento cual ardiente proclama.

Estas palabras parecen ser prólogo a una socarrona interpretación liberal del pensamiento historicista. Pero es tema para hablar en serio.

Echadas al viento tan ardientes proclamas, los países del Tercer Mundo pretendieron, por camino de revoluciones políticas, revertir el orden de cosas. Se pretendía así pasar del modelo de prioridades causales *sistema externo* > *sistema interno*, al contrario *sistema interno* > *sistema externo*. Ello sólo sería posible por la revolución social.

Las ilusiones de la revolución política, de la revolución que devolvería dignidad al Tercer Mundo, encontraban sostén en la desesperanza existencial que caló en la cultura universal de los años '40. Los rigores de dos guerras en la primera mitad del siglo, y la tensa situación mundial, la guerra fría, que sigue al acuerdo de Yalta, dieron razón a no pocos pensadores, para denunciar la deuda aún impaga que la inteligencia había contraído con la propia humanidad. El saber humano y su creación, la tecnología y el desarrollo industrial, amenazaban de muerte a su propio creador. Un drama provocado por el espíritu fáustico del capitalismo. Los grandes intereses arrastraban al mundo a la aventura material. "¡Se transmutó la naturaleza de las cosas!", se denunciaba.

Para muchos pensadores y predicadores, los utensilios, o los sirvientes mecánicos de la vida diaria de las personas, se habían convertido en sus amos. El ser humano pudo, así, ser imaginado entre las rejas de una nueva esclavitud. Mas ya no una esclavitud que le venía de afuera, con la fuerza y prepotencia de un ejército invasor. Era la esclavitud por prevaricar contra su mandato, por desatar el genio diabólico de la inteligencia, Fue así sentida la necesidad de una nueva redención, de un nuevo concepto de la vida, o de una resurrección metafísica del propio sentido del ser. Pero el absurdo abandono de la racionalidad que en la Argentina acompañó a estos sueños, marcó el tiempo de divorcio entre el discurso político militante y el buen sentido de lo práctico en el diseño de las políticas públicas. Los años '80 dejaron ver en la desolación ciudadana cuán hondas eran las marcas dejadas por el fracaso de las fantasías que pocas décadas atrás movilizaron a las grandes mayorías populares. Y el fracaso marcó el camino del retorno.

Tras el fracaso de los proyectos políticos, por los años '80 los países desarrollados inician la reconquista de una nueva legitimidad universal. Con ello, en una ejemplar política autorreflexiva, los Estados Unidos y las potencias europeas intentan reasumir el papel de legítimos modelos universales; como en los mejores tiempos del mundo colonial. El derrumbe de la revolución de Lenin y Stalin facilita el nacimiento de un "Nuevo Orden". Nuevo orden se tradujo en pocas palabras: "globalización de la economía". Los países de Europa oriental rompieron las amarras ideológicas con el "stalinismo". ¡Basta del hastío de los rituales partidarios! Imágenes hedonistas del mundo occidental tomaron el lugar del catecismo revolucionario. Los conceptos mudaron de Significado. Dependencia: bendición para los nuevos presidentes populares, y alegría para los teóricos liberales.

En los umbrales de un nuevo fracaso

Enero de 1991. Fin de la Tormenta en el Desierto. Se abate el intento nacido de la locura de Saddam Hussein. El mundo se globaliza en el dominio de los países desarrollados, sin más fronteras y aduanas que las que separan a ricos y pobres. Los teóricos del liberalismo anuncian, a diferencia de los movimientos populistas y liberadores de los años '40, el advenimiento de una etapa histórica sin otro discurso ideológico que el que se deriva de la experiencia de intercambio en un mercado abierto.

En esta nueva visión no se definía espacio alguno reservado a las preocupaciones sociales relativas a la pobreza. La forma de organización de los mercados quedaría para siempre subordinada a las metas de participación libre en los mercados mundiales, sin mediar política alguna de protección. Una voz de orden recorría todo el universo: **competir o sucumbir**.

Valores centrales de este discurso eran dos voces muy seductoras: mercado y globalización. La noción de mercado era una propuesta de base genuinamente capitalista. El mercado era un ámbito de transacciones reguladas espontáneamente por el juego de oferta y demanda. La noción de globalización, cual vocación tendiente a borrar fronteras, era más una propuesta derivada de genuinas ideas socialistas. El siglo XIX dejó testimonios de que las burguesías de entonces no conciliaban en un mismo discurso las nociones hasta entonces antagónicas de mercado e internacionalismo. Necesitaron más de un siglo y dolores y humillaciones de tres grandes guerras para asimilar la noción de "internacionalismo" al vocablo "globalización". Pero la asimilación de una idea no significa el traslado no adulterado de un contenido de un vocablo a otro. En el paso del internacionalismo a la globalización no hubo tan sólo cambio de etiqueta. El contenido sufrió adulteraciones. La noción "fraternal" del internacionalismo no es equivalente a la noción "tutelar" de la globalización.

<Mercado + Globalización> son términos de una sencilla fórmula algebraica de seductora fragancia ¿Quién habría de dudarlo? Serían éstos los términos de una fórmula de estímulo de las capacidades creadoras. La práctica de un mercado libre ha demostrado su cualidad de estímulo para la producción tecnológica. La globalización es ampliación de las fronteras existenciales; es incremento de las medidas de lo posible. El uno más el otro, es llave que abre paso a la complejidad y a la diversidad. Si a ello se sumara la apertura de las fronteras del saber, estaríamos ya en las puertas de un mundo diverso y polivalente.

<Mercado + Globalización + Diversidad> sería la ecuación de una democracia ideal. Sería la

fórmula única que permitiría conciliar metas de orden con tendencias al desorden. Sin desorden no existiría libertad de las acciones y espontaneidad en la apertura de nuevos cursos históricos.

<Diversidad> es lo opuesto a la clausura en un credo único y en una práctica única del desarrollo; no es tutela. La oferta que el mundo escuchó al término de la Tormenta del Desierto no es, empero, oferta de diversidad. Tutela no es diversidad. Tutela no es búsqueda.

Diversidad en este caso es un concepto observable; pero es también valor que se propugna. Negar el significado práctico de la diversidad, es negar: (I) la real y deseada espontaneidad de los procesos sociales (si es que afirmamos el derecho al desorden y al cambio); (II) la necesaria diversidad de caminos de acción para la organización, en la creación de patrones culturales y tecnológicos (si es que hablamos de libertad). Un modelo de clausura niega al desarrollo el bien de ser genuino producto de las fuerzas que con libertad operan en todos los escenarios (i.e., cultura, política, mercado).[15]

Una teoría liberal que se sostenga en la fórmula **<Mercado + Globalización>** es insalvablemente una retórica de poder y nada más. Si es que vamos a hablar de liberalismo no podrá mezquinarse libertad al sistema internacional. Y la fórmula será **<Mercado + Globalización + Diversidad>**. La diversidad (ino olvidarlo los que hablan de la muerte del socialismo!), admite la coexistencia de términos antagónicos en una misma escena.

Conclusiones

Las ideas aplicadas en la acción cotidiana, deben ser mínimamente útiles para la vida de las personas o de las sociedades; deben dar guía eficiente para la supervivencia. O abren el camino del éxito, o conducen al fracaso. Ninguna acción humana (o sencillamente ninguna acción social) puede prescindir del concepto de utilidad. Lo que no es útil, llevaría a fracaso de las ideas, o de las teorías. En una visión crítica de las teorías exegéticas del populismo, el fracaso resalta de ineptitudes "cognoscitivas" para (i) descubrir el significado de lo tecnológico en la acción social y (ii) construir un mecanismo de memoria y aprendizaje de la sociedad. Las memorias son vías de escape de la indecisión social (Hernández 1982, p. 339), o impiden el retorno a las viejas fuentes (Wallace 1953, p. 206).

Las teorías del cambio hablaron de modernización desde una perspectiva actitudinal *(i.e., la resistencia al cambio)*. Una teoría del fracaso debe más hablar del cambio desde la perspectiva cognoscitiva *(i.e., las estructura de toma de decisiones de la sociedad)*. Interesará, por tanto, estudiar: (I) el contexto social (actitud y humor) en la toma de decisiones; (II) el contenido proposicional de las decisiones políticas y económicas; (III) las estructuras lógicas o algebraicas que dan sostén sintáctico a las proposiciones; (IV) la lógica de la situación dentro de la cual el hecho histórico tiene lugar.

El problema planteado lleva al análisis sociológico a una definición "pragmática" del análisis social e histórico; vulgarmente se diría ingenieril. Definido así el problema, las decisiones de conducta serían emergentes (I) de los grados de libertad disponibles y (II) de la fantasías personales y políticas que impiden la aplicación de vínculos causales y funcionales entre actores y su circunstancia y situación. Lleva esto a decir que, si bien la tradición sociológica puso acento en el análisis de la acción social como un sistema de **<objetivos, formas sociales>**, es necesario incorporar un tercer término que permita definir a la acción social como un sistema **<objetivos, formas sociales, productos>**.

Todo ello muestra que la definición de la acción social no debe reducirse a la pura declaración de la intencionalidad del actor.[16] La acción es un hecho recurrente, iterativo, y de necesario vínculo entre intención y producto. Los procesos políticos resultan no más que productos del fuego de intenciones. (I) La intencionalidad "restauradora" de las derechas desembocó en inestabilidad constitucional. (II) La intencionalidad "revolucionaria" de las izquierdas se amortigua en un mensaje antitecnológico. De las puras intenciones, de choques retóricos, o de choques armados, no quedó sino un desgraciado producto. El concepto de **cambio social**, en la medida en que indica un cambio de fases históricas de una sociedad, será aquel que describa la apertura a un tiempo de política estable. Lo así dicho, pretende definir a la producción del cambio como condición estable, al menos en el dictado de su sistema político y del orden institucional. El peronismo en la Argentina, cual experiencia de **cambio social**, abrió un período de profunda inestabilidad. Los patrones de ajuste integrativo del movimiento (i.e., conducción) desmedraron necesarios patrones de estabilidad. No hay cambios que no abran tiempos estables.

NOTAS

1 Los miembros de la Sociedad Rural Argentina, aunque no fueron muy amigos de la inmigración de ultramar, supieron dar prioridad al desarrollo tecnológico de las áreas rurales (Pérez Guilhou 1997, p. 53).

2 El conservadorismo oligárquico fue ordinariamente identificado como el conservadorismo de provincia. Conservadorismo liberal y conservadorismo oligárquico, empero, son dos fases de un mismo sistema. Son las fases de una "personalidad poliédrica", que cohabitan en una misma psique. No por nada irritaron tanto las dificultades históricas del conservadorismo liberal para crear un espacio político abierto para las clases medias nativas y también para los inmigrantes de ultramar (Gallo y Conde 1995, p. 190).

3 En divergencia con la orientación dominantemente expresiva y antipositivista que marca el andarivel del radicalismo, debe citarse la acción inspirada por Juan Bautista Justo, fundador del Partido Socialista en 1896. Justo fue acaso el primer revisionista de la concepción marxista del socialismo, como lo señala Pan (1991). Dentro del marco de esta disidencia, concibe una política racional y de base netamente positiva.

4 Unión Cívica Radical.

5 Recordar la Ley 4144 de Residencia, para la expulsión de los agitadores extranjeros.

6 Se alude a un cuadro de conceptos antagónicos a los de las actualmente difundidas ideologías ambientalistas y conservacionistas.

7 Conservadores en un sentido amplio: *liberales + oligárquicos*, de acuerdo a la especificación del Gráfico 1.

8 "La experiencia ha demostrado, sin embargo, la imposibilidad de que economías jóvenes y vigorosas como la nuestra alcance la debida madurez que, sin adoptar debidos resguardos, se le confíen actividades o riquezas a intereses soberanos" ([sic,] Perón, *Discursos...*, 1984, p. 57). La claridad de la cita exime de comentarios; no obstante resulta necesario señalar en ella una dualidad: (i) con orgullo parece hablarse de economías jóvenes y vigorosas; (ii) ello no obstante la emergencia de consecuencias no deseadas si fueren éstas a gozar de plena libertad.

9 Los "no" ponen las cotas de las medidas de las reservas intelectuales y tecnológicas del país de entonces. Una vez organizado el país, la Argentina no conoció grandes obstáculos internos al desarrollo. Se gobernó dentro de un esquema que por décadas supo mantenerse sin grandes variantes. Los conflictos que naturalmente acompañan todo proceso de expansión, y los generados por la acumulación desigual, habían sido manejados dentro del marco de una democracia limitada (Germani 1962). Tampoco se conocían obstáculos externos al desarrollo. Eran tiempos de puertos francos. Menos aún se supo de segmento social alguno, discriminado por intentar nuevas rutas de desarrollo. El dilema de entonces era el encierro o la apertura de la incipiente nación al mundo del progreso material.

10 En un discurso pronunciado en La Plata, en la inauguración de la cátedra de Defensa Nacional (1944), bajo el título "Significado de la defensa nacional desde el punto de vista militar". Perón dijo: "la defensa nacional es así un argumento más, que debe incitarnos para asegurar la felicidad de nuestro pueblo... la defensa nacional exige una poderosa industria propia; y no cualquiera, sino una industria pesada". La decisión que hizo el peronismo primigenio no habría de tener distintos fundamentos: "La experiencia ha demostrado, sin embargo, la imposibilidad de que economías jóvenes y vigorosas como la nuestra alcance la debida madurez que, sin adoptar debidos resguardos, se le confíen actividades o riquezas vinculadas a intereses soberanos" (*Discursos...*, 1984).

11 Hago esta distinción entre definición por oposición y definición por proximidad, por primera vez, en un artículo aún inédito: "Social Process and Ideological Analysis" (Hebrew University, 1993). Fue una distinción necesaria en el estudio de las controversias ideológicas en la Argentina contemporánea.

12 Por la ley de de Morgan: $\sim$*(no sean nuestros actos* $\wedge$ *no seamos nosotros)* = **sean nuestros actos** $\vee$ **seamos nosotros.**

13 El método endocatético propuesto por Feinmann parece acreditarse sólo para la exégesis histórica del peronismo, pero no para su enjuiciamiento político. De este absurdo no parece escapar De Ipola (1989) al descalificar a Germani por hablar mal del peronismo, usando un método como el propuesto por Feinmann, que prescribe "ser parte de algo en un tiempo y lugar": "en una época de proximidad con el fenómeno... tornaba casi impensable abstenerse de tomar posición..." (p. 334). Y esta descalificación conlleva el riesgo de reducir a trivialidades criterios universales de enjuiciamiento político: "No se trata por cierto de un cuestionamiento 'audaz', sino al contrario tímido y limitado, apenas legible en el contexto de una lectura del peronismo marcada, en el caso particular de Germani, por las lecciones de la experiencia fascista y la tradición democrático liberal... y la tradición democrático-liberal a la que el autor adhiere" (p. 339).

14 Tres fases muestra la historia del discurso peronista. En una primera fase *gozosa* se marca el dominio de esencialismo (O > P) y expresividad (F > P). Una segunda fase *dolorosa* es la de la indecisión social (Hernández 1980). La tercera fase, la *redefinición* retórica, marca la búsqueda de un nominalismo, o de un encuentro del significado de las cosas por sus comportamientos (P > O) y la instrumentalidad de los objetos (P > F).

15 La agencia que administra el modelo de clausura es el Fondo Monetario Internacional.

16 La definición de acción social en términos de absoluta intencionalidad: "The theory of action is a conceptual scheme for the analysis of the behavior of living organisms. It conceives of this behavior as oriented to the attainment of end in situations, by means of normatively regulated expenditure of energy. There are four points to be noted in this conceptualization of behavior: (1) Behavior is oriented to the attainment of ends or goals or other anticipated state of affairs. (2) It takes place in situations. (3) It is normatively regulated. (4) It involves expenditure of energy or effort or 'motivation' (which may be more or less organized independently of its involvement in action). Thus, for example, *a man driving his automobile to a lake to go fishing* might be behavior to be analyzed. In this case, (1) to be *fishing* is

the 'end' toward which our man's behavior is oriented; (2) his situation is the road and the car and the place where he is; (3) his energy expenditure are normatively regulated – for example, this driving behavior is an *intelligent* means of getting to the lake; (4) but he does spend energy to get there; he holds the wheel, presses the accelerator, pays attention, and adapts his action to changing road and traffic conditions. When behavior can be so analyzed, it is called 'action'" (Parsons y Shils 1951).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

De Ipola, Emilio (1989). "Reflexiones sobre un balance de las interpretaciones del peronismo". *Desarrollo Económico* 115, Buenos Aires: IDES.

Díaz Alejandro, Carlos (1983). *Ensayos sobre la historia económica argentina.* Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Discursos selectos de Perón (1984). Buenos Aires: Consejo Superior del Movimiento Nacional Justicialista.

Feinmann, Juan Pablo (1984). *Estudios sobre el Peronismo. Historia, método, proyecciones.* Buenos Aires: Legasa.

Ferrari, Gustavo y Gallo, Ezequiel (eds.) (1980). *La Argentina del Ochenta al Centenario.* Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Gallo, Eduardo y Cortés Conde, Roberto (1995). *La República Conservadora.* Buenos Aires: Paidós.

Germani, Gino (1962). *Política y sociedad en una época de transición.* Buenos Aires: Paidós.

Heintz, Peter (1970). *Un paradigma sociológico para el desarrollo.* Editorial del Instituto; Buenos Aires.

— (1982). *Ungleiche Verteilung; Macht un Legitimität.* Verlag Rüegger; Ebnat-Kappel.

Hernández, Raúl A. (1980). *Die Generierung sozietaler Muster. Ein Dilemma der Entwicklung in Lateinamerika,* en Guido Hischier, René Levy und Werner Obrecht (eds.) *Weltgesellschaft und Sozial Struktur.* Diessenhofen: Verlag Rüegger.

— (1991). *The Logic of Peronism* (no publicado). Truman Institute; Jerusalem.

— (1993, I). "Indecisión social o crisis de conciencia: Los cardinales de la desolación". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y El Caribe* 4, 1, pp. 141-163.

— (1993, II). "Correlación y correspondencia en la acción social". *Reflejos* 2: Jerusalem.

— (1995). "Conceptos: Retóricas y tiempos". *Reflejos* 4, pp. 69-86.

— (1997, I). *Retórica de la decadencia argentina: Hastío e indecisión social.* Tucumán: Edigitora.

— (1997, II). *El pequeño discurso político.* Tucumán: Edigitora.

Martínez Estrada, Ezequiel (1952). *Radiografía de la Pampa.* Buenos Aires: Losada..

Mayer, Jorge M. (1980). "Juan Bautista Alberdi", "La Argentina del ochenta al centenario", en Cortés Conde, Roberto (ed.). *El progreso argentino 1880-1914*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Pan, Luis (1991). *Juan B. Justo y su tiempo.* Buenos Aires: Planeta.

Parsons, Talcott & Shils, Edward (1959). *Toward a General Theory of Action.* Cambridge (MA): Harvard University Press.

Pérez Guilhou, Dardo (1997). *Liberales, radicales y conservadores.* Buenos Aires: Plus Ultra.

Romero, José Luis (1983). *Breve historia de la Argentina.* Buenos Aires: Editorial Abril.

Turner, J. (ed.) (1985). *Theory Building in Society. Assessing Theoretical Cummulation.* Ubury Park, Cal.: Sage.

Wallace, Anthony F. C. (1956). "Revitalization Movements", en Lipset, Seymour Martin and Smelser, Neil (eds.) (1961), *Sociology. The Progress of a Decade.* New Jersey: Prentice Hall.

HISPAMERICA

revista de literatura

Subscripción anual:

Individuales, U$S 21; Instituciones, U$S 30; Patrocinadores, U$S 40.

Subscripciones y correspondencia: ***Saúl Sosnowski***

5 Pueblo Ct., Gaithersburg, Md. • 20878, USA